

La luz no llega a mi reino.

-El agua está fría y las rocas duras y afiladas... quizá no debí hacer caso de ese rumor.

En la ciudad costera de Baelo Claudia la mayoría de la economía se basa en la pesca. No es de extrañar entonces que muchos de sus habitantes sean pescadores, y yo, también lo soy. No me va mal, de hecho, he tenido bastante suerte últimamente por lo que ahora estoy en una buena posición económica. De ahí que haya gastado algo de mi tiempo y dinero en una taberna, dicen que la avaricia rompe el saco, y parece que es cierto.

En la taberna escuché, de una conversación ajena, que esta noche, debido a unas corrientes marinas, pasarían una gran cantidad de peces que normalmente son inalcanzables debido a dónde habitan y es por esto que son considerablemente grandes y preciados ya que no se les pesca. Quien escuchaba también era pescador, lo conocía de verlo vendiendo su pescado que aseguraba había pescado él mismo, esta persona dijo:

-Puede que sea verdad, no lo niego, pero se ha de ser muy estúpido para ir a pescar de noche tan cerca de la costa.

El pescador tenía razón: pescar de noche con una visibilidad tan reducida es una locura, y más lo es el hacerlo por un simple rumor, yo no estaba tan desesperado y seguro que él tampoco.

Volví a casa de la taberna y me encontré con mi esposa y mi hijo, quien un día seguiría con la tradición familiar de la pesca.

Estaban fuera de la casa y visiblemente contrariados, al parecer un ladrón había entrado y encontrado el lugar donde guardaba el dinero. Dado que a la primera dio con el botín no se arriesgó más, cogió todo y se fue tan rápido como pudo, sin tocar ninguna de mis pertenencias. Es por eso que no nos dimos cuenta hasta ahora.

Dejé a mi hijo y esposa en la casa; tras contármelo se habían calmado, pero más bien parecía que me habían pasado su pesar a mí. Me sentía derrotado y frustrado y con un enorme peso sobre la espalda, debía encontrar la forma de conseguir dinero, una cantidad de dinero que la pesca no me daría, fui a la costa y me senté mirando al mar, dicen que eso inspira a los filósofos, tal vez las musas compartieran algo de su gracia conmigo.

Recordé, recordé el rumor que había oído en la taberna también recordé lo que pensé en ese momento "...no estoy tan desesperado..." ah! amarga ironía! definitivamente ahora sí que lo estaba. Miré al frente, está atardeciendo, debo darme prisa y prepararlo todo, esta noche iré de pesca.

Estaba en el puerto al lado de mi bote, ya era de noche, rogué a Neptuno piedad y compasión de alguien tan desesperado como yo y zarpé. Poco después ya había perdido el rumbo, no solo no se veía nada por la oscuridad sino que para colmo se había levantado niebla y peor aún, algo que se me salía de los cálculos, no pensaba que los peces llegaran a alborotar tanto el agua, a penas soy capaz de aguantar el equilibrio.

El agua está fría y las rocas, duras y afiladas. Al final me he estrellado contra las rocas de la costa. Quizá no debí hacer caso de ese rumor.

Me rendí, cerré los ojos y según empezaba a hundirme noté unas manos que tiraban de mí hacia abajo. Por último escuché unas palabras de aquello que me arrastraba hacia el fondo:

-Tú te vienes conmigo, la luz no alcanza mi reino, pero no te preocupes, la oscuridad del Hades abraza a todos por igual.

Jorge González Moreno, 2º Bachillerato C